

Oracion á Jesuchristo. 48
 Oracion á la Santisima Virgen. 49
 El grande poder de la Virgen. 50
 Al pueblo mas se le debe enseñar con la santidad de la vida, que con los discursos. 51
 En la administracion de los Sacramentos, mas vale tolerar la diversidad en las ceremonias, que condenarla con escándalo. 52
 Dios no da su Reyno sino á los que le aman mas que á sí mismos, y á su próximo como á sí propios. 53
 Por qué se ofrece en el altar pan y vino. 54
 Modo de arrojar los malos pensamientos, y llamar los buenos. 55
 Por castidad se entiende la pureza de alma y cuerpo. 56

48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100



BIBLIOTECA PORTATIL

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

SAN CESAREO, Obispo de Arlés, y Doctor de la Iglesia.

ARTÍCULO I.

Historia de su vida.

I. Nació San Cesareo en el territorio de Chalon, á las riberas del Saona, de padres igualmente distinguidos por su piedad, como por su nobleza: el hijo no degeneró. Siendo de edad de siete años, sentia ya en sí tanta compasion de los pobres, que quando veia algunos mal arropados, les daba sus vestidos; y decia quando volvia á la casa de sus padres que le habian despojado los pasajeros. A los 18 años suplicó á su Obispo San Silvestre que le cortase el cabello, y le diese el traje correspondiente para entrar en el servicio de Dios. Se lo concedió el Obispo, y le admitió en su Clero. Pasados dos años, y deseoso San Cesareo de mayor perfeccion, se retiró secretamente al Monasterio de Lerins, para vivir en él baxo la conducta del Abad Porcel. Se distinguió entre todos por sus austeridades, y exáctitud en cumplir las obligaciones del estado Monástico, Juzgándole el Abad capaz de los empleos, le dió el de Cillerero ó Mayordomo de la casa. A poco tiempo le envió á Arlés para que le curasen de una enferme-

dad procedida de sus mortificaciones.

II. Eonio que habia sucedido á San Silvestre en la silla de Arlés, era pariente de San Cesareo. Este le ordenó de Diácono, despues de Presbítero, y últimamente le encargó el gobierno del Monasterio de una Isla vecina, que estaba sin Abad. Le gobernó por tres años, y sintiendo Eonio que se acercaba su fin, declaró á su Clero y á su pueblo que habia puesto los ojos en Cesareo para que fuese su sucesor, y restableciese la disciplina Eclesiástica que estaba relajada. Sabiendo San Cesareo que le querían colocar en la silla de Arlés, se ocultó en unos sepulcros. Mas le buscáron y le ordenáron Obispo de aquella ciudad á la edad de 30 años.

III. Lo primero que arregló fué el Oficio divino. Ordenó que cantasen los Clérigos todos los días *Tertia*, *Sexta* y *Nona* en la Iglesia de San Estevan, para que los penitentes y otros legos pudiesen asistir. En quanto á la *Prima* solamente la cantaban el Domingo, Sábado y fiestas solemnes. Tambien obligó á los Seculares á que cantasen como los Clérigos Salmos, Cánticos é Himnos; para que no tuviesen conversacion en la Iglesia. Unos cantaban en griego, otros en latin, ó por ser extrangeros, ó porque todavia se usaba el Griego en aquel pais, en el qual fundáron los Griegos á Marsella, y otras Colonias. Pero exhortaba á sus pueblos á que no solo cantasen con la boca, sino que conformasen sus pensamientos y costumbres con las palabras que pronunciaban, y á desechar las distracciones antes de postrarse á orar. « Se adora, dice en un Sermón que todavia tenemos, el objeto en que se piensa durante la oracion. El que está pensando en la plaza pública y en su comercio, ó en la casa que está edificando, adora entretanto aquellos objetos, y desagrada á Dios.» Permitió Dios que este santo Obispo fuese probado con la calumnia. Le acusó uno de sus Secretarios en presencia de Alarico, Rey de los Visigodos en España, al qual estaba sujeta la Provenza, de haber querido entregar á los Borgoñones la ciudad y el territorio de Ar-

lés. Fué desterrado á Burdeos, y sufrió con grande paciencia esta persecucion. Vivía sujeto á este Príncipe con grande suasion, aunque era Arriano, y de aqui tomó ocasion para recomendar, como siempre lo habia hecho, la obediencia que se le debia en todo lo que no fuese contrario á la ley de Dios. Llegó Alarico á reconocer su inocencia, y ordenó que se restituyese á su Iglesia, y que fuese apedreado el acusador. El pueblo acudia ya cargado de piedras, pero San Cesareo consiguió la gracia del culpado para que tuviese tiempo de hacer penitencia.

IV. En 506 presidió San Cesareo al Concilio de Agde en el mes de Septiembre. Asistieron 23 Obispos, y muchos de los dominios de Alarico: lo que nos da motivo para creer que habia conseguido permiso de este Príncipe para convocarlos al Concilio. El año siguiente empezó á edificar un Monasterio; pero interrumpida la obra, por haber puesto los Franceses y Borgoñones sitio á la ciudad de Arlés, no se pudo concluir hasta el año 512. Lo confió á su hermana Cesarea, á quien habia instruido en Marsella en los exercicios de la vida monástica. Para esta hermana compuso una regla, de la qual hablaremos despues.

V. Durante el sitio de Arlés, un Clérigo joven pariente de San Cesareo, temiendo que le prendiesen quando tomasen la ciudad, se descolgó de noche de la ciudad, y se fué al campo de los enemigos. Los Godos que estaban en Arlés creyeron que le habia enviado su pariente San Cesareo para entregar la ciudad. Le pusieron preso, y le encerráron en el palacio; pero luego que descubrieron al verdadero traidor, pusieron en libertad al santo Obispo. Halló las calles y las Iglesias llenas de los prisioneros que habian hecho los Godos, el Santo se compadeció, y pensó desde luego en aliviarlos. Distribuyó entre ellos todo el dinero que pudo conseguir, mas como se presentaban otros muchos que no habian tenido parte en sus liberalidades, y su mayordomo le instase á que conser-

vase lo poco que quedaba para su subsistencia, el Santo llamó á uno de sus Diáconos, y le dixo: »Trae todo el trigo que ha quedado en los graneros, y haz que al momento le hagan pan. Si mañana nos falta todo, será preciso que nos conformemos con la voluntad de Dios: mas no quiero que á estos pobres cautivos les falte hoy lo necesario, teniendo los Obispos y Sacerdotes con que alimentarse.» Vendió hasta los sagrados vasos y los incensarios, diciendo: »Jesuchristo no celebró la cena en bagilla de plata; y así bien podremos dar estos vasos para que se alimenten los que él redimió con su propia vida.»

VI. San Cesareo, cuya suerte parecia haberle puesto por blanco de las calumnias de los Arrianos, y triunfar siempre de la falsedad, fué al mismo tiempo acusado tercera vez de traicion; en presencia de Teodorico Rey de Italia, á quien la ciudad de Arlés pertenecia por entonces; porque este Príncipe, que no abandonaba sus intereses por sostener los de Amalarico su nieto, á quien habia hecho reconocer por Rey de los Visigodos después de la muerte de Genserico, se habia apoderado de una parte de sus Estados con el pretexto de defenderlos mejor. Lleváron, pues, al santo Obispo á Ravena para responder á sus acusadores: pero cierto ayre de santidad, que al primer aspecto arrebatava los corazones, fué la prueba de su inocencia. Teodorico, movido de la magestad que resplandecia en el rostro de Cesareo, se levantó de su trono, le fué á saludar con respeto, y sin hablarle de la acusacion intentada contra él, se contentó con preguntarle acerca de su viage, y con que le diese noticias del estado en que dexaba á los Godos y á la ciudad de Arlés. San Cesareo le respondió sobre estos artículos, y quando ya se habia retirado, dixo el Rey á sus cortesanos: »No perdone el Señor á los que sin motivo han precisado á este hombre santo á emprender tan largo viage. Confieso que á mí me temblaba todo el cuerpo al verle entrar, y me parecia que estaba viendo un Angel baxado del cielo.»

VII. No se quedó aquí Teodorico, sino que envió á Cesareo 300 sueldos de oro, con una grande bandeja de plata, del peso de casi 60 libras, y le envió á decir: »Muy santo Obispo, admitid este presente, el Rey vuestro hijo os suplica que reservéis esta bandeja para vuestro uso, y para que os acordeis de él.» Pero Cesareo, que á excepcion de las cucharas, no sufría bagilla de plata en su mesa, la vendió á los tres dias, y con el precio rescató muchos cautivos. Contaron esta accion á Teodorico, y no pudo menos de alabarla. A exemplo del Príncipe se movieron muchos Señores de la Corte á regalar al santo Obispo. Esto era lo mismo que darlo á los pobres: tambien empleó parte de estas sumas en el rescate de los prisioneros que los Ostrogodos habian llevado á la Italia. No contento con romper sus cadenas, buscaba carros y otros socorros convenientes para que volviesen á su patria. Estas obras de caridad aumentaron la reputacion de Cesareo. Continuamente rodeaban su casa, y por todas partes le seguian, y le llenaban de bendiciones.

VIII. El Señor para gloria de la Iglesia hizo resplandecer el poder de su siervo en la Corte de este Rey Arriano. Una pobre viuda, natural de Ravena, tenia un hijo sirviendo al Prefecto, y la mantenía con su corto salario. Le sobrevino una enfermedad tan violenta, que á pocas horas espiró. La madre en tal desolacion, acudió á Cesareo suplicándole, que restituyese á su hijo la vida. Al principio resistió el Santo, pero se enterneció con los gemidos de aquella afligida muger, que le regaba los pies con sus lágrimas: y á por último, la caridad venció á su humildad. Fué secretamente á la casa del difunto, y después de haber hecho su oracion postrado en tierra, segun su costumbre, sintió que le habia oido el Señor. Salió inmediatamente, y dexó junto al cadaver á Mesiano su Secretario, con órden de que fuese á avisarle al punto que diese algunas señales de vida. Una hora después abrió el joven los ojos, y exclamó: »Madre mia, id quanto antes corriendo á

dar las gracias al siervo de Dios; ya por sus oraciones me tenéis, á estas debo yo la vida." Prodigio que debió sorprender mucho á los Ostrogodos, ¿ por qué en las sectas heréticas no se ven verdaderos milagros!

IX. De Ravena fué San Cesareo á Roma, á donde su reputacion, y la fama de este milagro le habian precedido. El Papa Simaco, que entonces ocupaba la silla de San Pedro por los años 513, le dió el *Palium* (1), y permiso á sus Diáconos para que llevasen Dalmáticas (2) como los de la Iglesia Romana. Porque los Diáconos y aun los mismos Obispos llevaban túnicas con mangas estrechas. Confirmó el Papa todos los privilegios de la Iglesia de Arlés, porque la disputa algunos la Iglesia de Viena, y encargó á San Cesareo que velase sobre todos los asuntos eclesiásticos de las Galias y de España, con potestad para congrega los Obispos quando lo juzgase necesario, y de impedirles que hiciesen el viage de Roma sin su permiso.

X. El santo Obispo volvió á su Diócesis por el año 514, y continuó en edificarla con su vida y sus discursos. Celebró un

(1) El *Palio* es un ornamento Pontifical de lana blanca en forma de bandas, sellado con quatro cruces rojas. No se sabe bien su primer origen: algunos le señalan en tiempo de San Lino, y otros en el de San Silvestre, pero estos no tienen mas fundamento que la donacion de Constantino. Nunca se habia hablado del *Palio* antes del Pontificado de Marco, el qual ocupaba la santa Silla en 336. Agustin Patricio, autor del siglo XV, en su libro de las ceremonias de la Iglesia Romana, dice: „Que el cuidado de hacer y guardar los *Palios* corresponde á los Subdiáconos Apostólicos: que estos los hacen de la lana blanca de dos corderos ofrecidos al altar en el dia de Santa Inés en la Iglesia del Monasterio de esta Santa, al tiempo que cantan el *Agnus*

Dei en la Misa solemne. Despues de hechos los llevan á la Iglesia de San Pedro, y los Canónigos los ponen sobre las reliquias de San Pedro y San Pablo debaxo del altar mayor, cantan los maytines y los dexan allí por todo el resto de la noche. Los entregan de nuevo á los Subdiáconos, y estos los guardan en algun lugar decente.

(2) De esta concesion se infiere que antes no estaban las Dalmáticas en uso en las Iglesias de las Galias. Era una especie de distincion el privilegio de poder llevarlas, y casi un siglo despues suplicó San Aregio de Gap á San Gregorio el Grande que concediese semejante privilegio. Se llamó esta vestidura Dalmática, porque Roma la habia tomado de la Dalmacia.

Concilio en 524, y asistió á otros que se congregaron despues; estos son el de Carpentras en 527, el de Orange y Valencia en 529, y el segundo de Vayson, celebrado en 7 de Noviembre del mismo año. Sus enfermedades, en las que algunas veces parecia que estaba medio muerto, iban creciendo de dia en dia, y vió que se llegaba su fin. Enfermó de muerte en el mes de Agosto, y en lo fuerte de sus dolores preguntó si estaba próxima la fiesta de San Agustin. Diciéndole que no estaba muy distante: „espero, dixo: „Que el Señor no pondrá grande intervalo entre mi muerte y la fiesta de este Doctor, porque bien sabeis el afecto que he profesado á su doctrina por ser muy católica." Conoció bien presto que Dios habia oido sus súplicas.

XI. Su buen corazon le hacia sentir el dolor que veia pintado en los rostros, mas que el que su mal le causaba. Quando vió que ya desfallecian sus fuerzas, se hizo llevar al Monasterio de vírgenes que habia fundado, para consolarlas por sí mismo de la pena por su próxima muerte, y por estar tan afligidas, que no podian comer ni dormir, y mas se puede decir que suspiraban, que el que cantaban los Salmos. Habia entonces 200 Religiosas en este Monasterio fundado 30 años antes, las gobernaba la Abadesa Cesarea, segunda de este nombre, y sucesora de Santa Cesarea. Exhortó el santo Obispo á la Abadesa y Comunidad con los términos mas afectuosos á perseverar en la observancia de la regla que las habia dado. Mas lo que dixo el Santo para suavizar su dolor, solo sirvió para avivarle mas, porque conocian mejor lo que perdian. Despues de haberlas dado los avisos convenientes, oró por ellas, las dió su bendicion, y se despidió. A lo que respondieron solamente con gemidos y lágrimas. Hizo que le llevasen á su Iglesia, y murió en ella entre los brazos de los Obispos, Presbíteros y Diáconos á 27 de Agosto al medio dia, en el siguiente á la dedicacion de su Monasterio, víspera de S. Agustin, y tercero despues de la fiesta de S. Ginés, Martir de aquella ciudad.

XII. Al punto que espiró, el pueblo que se hallaba presente se arrojó con tal ansia sobre sus vestiduras, que no pudieron impedir los Obispos y Presbíteros que se las hiciesen pedazos para guardarlos como reliquias, y por su virtud obró Dios despues muchos milagros. Le enterráron en la Iglesia de su Monasterio, dedicada con la invocacion de la santa Virgen, y le colocáron en uno de los sepulcros de piedra que habia hecho para que sepultasen á las Religiosas. En el entierro fué general el sentimiento. Como este santo Obispo habia hecho tanto bien á todos, asi buenos como malos, los Christianos y los Judios uniéron sus voces y lágrimas para llorarle, y durante las Exêquias interrumpian muchas veces el canto de los Salmos, exclamando: ¡Ay de nosotros, que no merecia el mundo poseer tan poderoso intercesor!

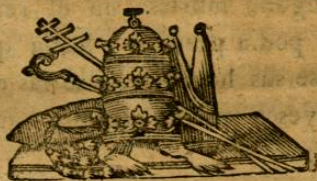
XIII. Hizo San Cesareo un testamento en forma de carta, dirigida á la Iglesia de Arlés, y á la Abadesa Cesarea, instituyendo por sus herederos al Monasterio y á su Sucesor en el Obispado. Pide despues á este con los términos mas expresivos, que proteja á las Religiosas, y que no toque á las donaciones que las habia hecho de algunos bienes de su Iglesia con el consentimiento de sus hermanos los Obispos, y la autoridad del Papa. Nombra en su testamento por Sucesor *Arzobispo* (esta es la primera vez que se halla en una Acta auténtica este título dado al Metropolitano): exhorta igualmente á las Religiosas á dar á su Sucesor el respeto y obediencia, debidos á su dignidad. Escribió tambien antes de morir cartas de recomendacion á favor de este Monasterio, á los Magistrados y principales ciudadanos de Arlés. Poco despues de haber muerto San Cesareo, escribiéron su vida en dos libros. El autor del primero, dedicado á la Abadesa Cesarea, fué San Cipriano de Tolón: dos Obispos Tirmino y Vivencio tuviéron parte en este escrito. Concluyen este libro con estas expresiones: *Os suplicamos á tí Mesiano Presbítero, y á tí Estevan Diácono, que desde jóvenes habeis estado sirvien-*

do á Cesareo, que añadais á esta obra la parte que os pertenece. Compusiéron, pues, el segundo libro Mesiano y Estevan. Los autores, testigos oculares que lo escribiéron, nos cuentan muchas circunstancias de la vida de San Cesareo, que merecen referirse aqui, por ser muy propias para conocer mas las virtudes de este Santo, y diferentes usos de la disciplina. Quando Cesareo bendecia todos los años el santo Crisma en el Bautisterio, concurrían muchas personas jóvenes de uno y otro sexó, á quienes enviaban sus padres con vasos llenos de Aceyte ó de agua, para que echase su bendicion: lo que denota que se conservaba en las casas aceyte ó agua bendita. En sus viages iba delante un Clérigo llevando el Báculo Pastoral. Hacia que leyesen á la mesa para dar al alma un alimento mas necesario que el que tomaba el cuerpo. Jamas permitió que con pretexto alguno entrasen mugeres en la casa Episcopal. No ordenaba de Diáconos á los que no hubiesen leydo quatro veces el antiguo y nuevo Testamento: tan persuadido estaba á que necesitaba el Eclesiástico el conocimiento de las Santas Escrituras. Quería que los recién desposados, recibida la bendicion nupcial, guardasen continencia por tres dias. Ponia gran cuidado de que ninguno muriese sin el remedio de la Penitencia. Quando no podía predicar, hacia que algun Presbítero ó Diácono recitase sus homilias, y se las enviaba á los Obispos para que las leyesen en sus Iglesias quando no pudiesen predicar por sí mismos.

XIV. Todo agrada en los escritos de S. Cesareo. El estilo es fluido, sencillo y limpio: los pensamientos nobles, pero expresados con naturalidad: los razonamientos sólidos y concluyentes: los exemplos persuasivos, y siempre proporcionados á la capacidad de aquellos para quienes escribia. No afecta términos extraordinarios, ni figuras exquisitas, porque su eloqüencia en todo es natural. En todo se apoya con la autoridad de la Escritura, la que habia estudiado con grande aplicacion; algunas veces lo confirma con los testimonios de los

Padres Griegos y Latinos, cuyos escritos habia leido. Se ve que seguia particularmente á San Agustin, haciendo profesion de ser su discípulo. No solamente sigue su doctrina, sino que le toma los pensamientos y las expresiones, y algunas veces los pasages enteros, no poniendo de su parte para hacer sus discursos, sino el exórdio, y la peroracion. Mas parece que esto lo hacia quando no tenia bastante lugar ó salud para componerlos por sí mismo.

XV. Las homilias de San Cesareo que muchas veces se habian confundido con las de San Ambrosio y las de San Agustin, fuéron recogidas en el apéndice del 5.^o volumen de las obras de este Padre en la edicion de Paris de 1683, y en la de Amberes ó de Amsterdam en 1700. Esta coleccion contiene 102 homilias de S. Cesareo, entre las quales se hallan las que Balucio imprimió en Paris en 1669. Tambien tenemos de San Cesareo discursos ó cartas á las Religiosas, reglas, asi para Religiosas como para Monges, y su testamento.



ARTÍCULO II.

Analisis de los escritos de San Cesareo.

- | | |
|---|---|
| I. Analisis de los Sermones de San Cesareo hasta el décimo. | IX. Lo mas notable del resto de los Sermones de este Santo. |
| II. Desde el 10 hasta el 21. | X. Regla de San Cesareo. |
| III. Desde el 21 hasta el 30. | XI. Arreglo del canto de los Salmos. |
| IV. Desde el 30 hasta el 41. | XII. Regla de los Monges. |
| V. Los discursos intitutados de la venida del Señor. | XIII. Cartas de instruccion. |
| VI. El Sermon sobre el Símbolo. | XIV. Dos cartas de San Cesareo á su hermana. |
| VII. Sermon sobre la fe. | XV. Testamento de San Cesareo. |
| VIII. Sermon 78 hasta 86. | |

I. Desde el punto en que San Cesareo fué elevado á la dignidad de Obispo, descargó á exemplo de los Apóstoles, la administracion de lo temporal en los Diáconos y Ecónomos para entregarse enteramente á la predicacion de la palabra divina; tenia tan en el corazon este ministerio, que no contento con predicar en las concurrencias ó congregaciones de la mañana y de la tarde, componia otros discursos para enviarlos á distintas Provincias, en las que los recitasen los Obispos, que por sí mismos no poseian el don de la palabra. No se puede, pues, dudar que compuso muchos discursos, y que aunque tenemos grande número de ellos, se ha perdido la mayor parte. Hasta 40 se hallan con su nombre en la Biblioteca de los Padres, y 102 en el Apendice del quinto tomo de las obras de San Agustin que comprehende sus Sermones.

II. El primer discurso es sobre la vocacion de Abraham, notada en el capítulo XII del Génesis. Sienta por principio lo que muchas veces repite, que el antiguo Testamento fué la figura del nuevo, y que asi el mandamiento que hizo el Señor á Abraham para que saliese de su pais, de su familia y de la casa de su padre, denota que debemos salir de nuestros vicios y malas costumbres para complacernos solamente en la